

ROZAS ⁽¹⁾

ENSAYO HISTÓRICO-PSICOLÓGICO

PRÓLOGO ⁽²⁾

Este libro no es, no puede ser, no debe ser ni una justificación ni un proceso. Sería un libro de partido, que, no sustituyendo las realidades históricas á los disfraces de la leyenda, no haría sino aumentar la incertidumbre y las confusiones. Mi propósito intencional, friamente meditado por años, es que sea un libro de

(1) Repetiré aquí lo que otras veces he hecho notar á los que *insisten* en escribir Rozas con *s*. Viene este nombre patronímico de *rozar*. El fundador de la familia se llamaba Domingo Ortiz, soldado de Gonzalo de Córdoba; de Rozas, después de un asalto contra los moros; condes de Poblaciones más tarde. Los Rozas argentinos, es decir, los hijos de don León Ortiz de Rozas y de doña Agustina López de Osornio fueron tres, que se firmaban así: Juan Manuel de Rosas, con *s*; Prudencio Ortiz de Rozas y Gervasio Rozas, con *z*, — singularidades que se explicarán en el cuerpo de la obra.

(2) Índice y orden del libro: I. Sus antepasados. — II. Sus hermanos y sus hermanas. — III. Su educación. — IV. Abandona la casa paterna. — V. En el campo. Sus socios. — VI. Sus amistades. — VII. López y Quiroga. — VIII. Primer gobierno. — IX. El padre de Rozas y el padre del autor. — X. Las dos familias de Lavalle y Rozas. XI. — Unitarios y federales. — XII. Necochea y Las Heras. — XIII. La Revolución. — XIV. Incoherencias. — XV. Los partidos. — XVI. El Brasil y el Paraguay. — XVII. Montevideo. — XVIII. La Prensa. Propaganda. — XIX. Los Ríos. — XX. Los Españoles. — XXI. Mackau, Dupoté, Lepredour, Purvis, Lord Hawden, Walewski, Southern, Hotham. — XXII. Oribe y Maza. — XXIII. Mariño y d'Angelis. — XXIV. Rivera

buena fe, de completa y absoluta buena fe. ¿Cómo respondería entonces á su objeto, no vibrando ya, sino cual lejanos ruidos de la tempestad que pasa, las furibundas cóleras de antaño? La calma es necesaria para entender; si los unos y los otros la han recobrado al fin, siendo hombres de buena voluntad me entenderán, *é se non, non*. No escribo para el fanatismo cristalizado dentro de la acre corteza de ojerizas inclementes. Oh! no. Escribo para los que saben, siquiera por presentimiento, que es una propiedad de la vida manifestarse y hasta propagarse en medio de divisiones y de luchas que, un día ú otro, se calman para renacer después bajo otras formas, mientras la existencia no se extingue. Diré, pues, en él todo cuanto pienso y todo cuanto siento, todo cuanto sé y todo cuanto de ello se puede decir, sin más trabas, sin más reservas, sin más escrúpulos que los que á la pluma le imponen ciertas consideraciones sociales; consideraciones que no es lícito dejar de tener en cuenta cuando aún viven tantos y tantos á quienes imprescindibles referencias y apreciaciones desnudas, descarnadas, limpias de toda impureza, pueden lastimar ú ofender.

Cuando digo «viven», no me refiero precisamente á los que fueron actores, espectadores, instrumentos ó cómplices, adversarios ó colaboradores espontáneos ú obligados por las múltiples causas :

Indarte y don Eusebio de la Santa Federación. Mandevile (ministro inglés) y miss Mac-Donald.— XXV. Los emigrados. Dos grupos: Chile y Bolivia. Montevideo y Río de Janeiro. — XXVI. La sociedad popular. Salomón. Santa Coloma. El obispo. Los curas El padre Camargo. — XXVII. Gervasio Cardo. La mazorca (no es mas-horca, sino mazorca : ya se sabrá por qué). Los colores y la luz : su influencia sobre las pasiones argentinas. — XXVIII. Intrigas. Intervenciones. — XXIX. Paralelos. Rozas y Urquiza. — XXX. El estado del país. Orden de ideas. Sentimientos. — XXXI. Después del 11 de septiembre. — XXXII. Interregno. — XXXIII. Separatistas de acá. Separatistas de allá. Las doctrinas de los separatistas norte-americanos y Carril. La Nación casi se deshace. — XXXIV. Después de Pavón. Los azotes en el ejército. — XXXV. El feudalismo argentino. Los esclavos. Negros y mulatos. Indiecitos y chinitas en las familias. — XXXVI. Las escuelas. Lo que en ellas se enseñaba. — XXXVII. El alma humana. Cristianos-indios é indios-cristianos. Los indios comparados con los gauchos.— XXXVIII. Pedro el Grande y Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra, Luis XI, Cromwel, Richelieu. — XXXIX. El crimen de Rozas. Un medio y un fin. — XL. Libertad y tiranía.

pretextos ó motivos más ó menos intrincados, confesables ó inconfesables, que inducen y gobiernan las acciones humanas, en épocas revolucionarias sobre todo. Me refiero también á los que llevan el apellido más ó menos glorioso, más ó menos ilustre, más ó menos conocido, de los que ya no existen, sean cuales sean las filas en que militaron, los pretendidos sistemas de gobierno que sirvieron, las tendencias á que obedecieron, las rivalidades de familia que los dividieron, el frenesí de los odios insanos que los cegaron; sean cuales sean las transformaciones íntimas que en ellos se hayan operado sin apercibirse.

El hombre obedece, á pesar suyo, á la acción del tiempo, acción perenne, constante, eternamente benéfica dentro de la órbita del progreso, que «no es un accidente sino una necesidad»; del tiempo que todo lo transforma, espontáneamente, modificando en la conciencia los diferentes estados y aspectos de las almas y hasta las mismas perspectivas de las cosas que no siempre vemos de idéntica manera; lo inmaterial y lo físico, lo intelectual y lo moral, todo, todo; á la manera que se transforman las plantas y los animales en variaciones infinitas; lo que llamaré: fenómenos de carácter sociológico, crisis del espíritu, anhelo por conocer, *cognoscere*, penetrar y dominar la eterna verdad, la verdad verdadera; hechos históricos reales, leyendas, calumnias, imposturas, invenciones, chismes caseros, murmuraciones de aldea, — destacándose en el cuadro lo más interesante: «el hombre», los actores, los caracteres, prestigios aclamados ó execrados según los opuestos puntos de vista de la pasión, en todo lo cual el psicólogo debe ver y leer con serenidad. La crónica se compone de esos materiales incongruentes, informes, disparatados, llenos de ganga inútil cuyo tamiz es el crisol del examen crítico, serio, imparcial y levantado hasta donde es humanamente posible, siendo hombres los que llaman á los hombres á deponer ante el supremo tribunal de la historia y de la posteridad.

Si estoy convencido de que no es posible encarar ni resolver de

la misma manera los grandes y complicados problemas que en todo tiempo han dividido y continuarán dividiendo la inteligencia, las ideas, las pasiones, los intereses; y que la discordia es incansable en arrastrar á los hombres á terribles campos de Agramante, en el afán impaciente de alcanzar todos el mismo, mismísimo fin,—la felicidad; — y si creo, igualmente, que todos ellos anhelan, con vehemente ardor, un porvenir grandioso para su país: también estoy persuadido de que ninguno de mis compatriotas, de que ningún hombre de buena voluntad, allí donde hay obscuridad ó preocupación en el pasado, no desea que se haga una aurora boreal de la verdad, irradiando su luz suave y tenue sobre el formidable drama de tantos y tantos acontecimientos, como los que se contienen en ese cuadro horrendo, teñido con sangre que corrió á raudales,—sangre humana, sangre fratricida, — en medio de dolores infinitos, de zozobras sin cuento y de lágrimas de fuego, todo lo cual constituye la siniestra epopeya de la guerra civil argentina; epopeya que (es triste decirlo) comienza ya antes de la misma emancipación completa de América, y que, para mi tierra natal, concluye, puede decirse, con la caída del famoso gobierno absoluto, irresponsable, de don Juan Manuel de Rozas.

¿Cuál será mi criterio filosófico, mi método, mi plan, para arribar con algún éxito á la conclusión final, y cuál será esa conclusión?

Desde luego, me apresuro á decirlo anticipadamente, la conclusión será: que, « gracias al cielo, hasta allí, donde grandes y espantosos crímenes se cometen, la premeditación directa, absoluta é inmediata es más rara de lo que piensan ciertos moralistas adocenados ».

El plan será genético ó cronológico sin precisar fechas: no me propongo tampoco autorizar mi palabra con citaciones de documentos oficiales ni con recortes de gacetas, teniendo una gran documentación en la cabeza, imágenes de impresiones pasadas, aunque no haya sido precisamente un contemporáneo, y cuyas imágenes

mnemónicas siento que puedo evocar con alguna vivacidad, como si los hechos remotos fueran incidentes de ayer. El método que seguiré consistirá en no herir personas, denominándolas sólo en los casos inevitables, para hacerme entender mejor; es decir, cuando los hechos sean del dominio público, — hechos pasados en autoridad de cosa juzgada. Y el criterio filosófico, que me guiará, tendrá que ser lógicamente el que se desprende en tesis general de este aforismo, axiomático para mí: no hay tiranos, ni en la acepción griega ni en la moderna, sin pueblos á la espalda que piensen como el tirano mismo, sintiendo, anhelando, queriendo como él. Tanto valdría sostener que puede proclamarse libre un pueblo sin hombres conscientes de lo que son los derechos de la mente, los fueros, las prerrogativas inalienables de la conciencia humana.

No se concibe, en efecto, no lo concibo yo al menos, un opresor solitario en la sociedad, cualquiera que sea el estado embrionario de su organización, como se puede ver un árbol secular, aislado en el desierto pampeano sin fin. Los usos y costumbres, los instintos hereditarios, las tradiciones, las preocupaciones, las instituciones incipientes, son « ideas » que con los sentimientos concomitantes fijan y encarnan ciertos modos particulares de ser.

Y si es exacto, como se ve que lo es estudiando la psicología de los sentimientos, que el *hombre* no existe como abstracción, — no habiendo sino hombres diferentes de humor y de temperamento, variables de carácter desde la infancia hasta la vejez, en estado de salud ó de enfermedad, variaciones que constituyen y revelan la unión de lo físico y de lo moral, — es evidente que, teniendo un alma el dictador, el tirano, el déspota, esa alma debe ser algo así como el trasunto informe de la multitud, siquiera como el reflejo de una clase dirigente que lo rodea, que lo apoya, que lo aclama en lo íntimo. Será, en otros términos, producto del medio ambiente que lo satura, ya inspirándole graves pensamientos, infundiéndole energías y fuerzas suficientes para erigir, piedra sobre piedra, el edificio trascendental de un gran concepto que realizado se torna persis-

tente, duradero, como la obra fuerte de los fundadores insignes de tronos y dinastías seculares, de repúblicas ejemplares, de imperios colosales, que el tiempo no hace sino consolidar; ya sugiriéndole las ocurrencias monstruosas, las saturnales de sangre, los expedientes execrables, — efímeros, por tanto, — de los caudillos sombríos ó turbulentos, egoístas ó crueles de esta América, que sería ocioso detenerme á enumerar.

Con otro criterio, no hay sino vaguedad en el conocimiento de los hombres á quienes se pretende estudiar y explicar, de esos hombres que son como el patrón de sus coetáneos, que en ellos infiltran su espíritu avasallador, contagiándose mutuamente, por el roce, y á manera de la ley física que desarrolla la electricidad por el contacto. Así se explican las entidades representativas, debiendo observarse que tales personajes no suelen estar siempre de buena fe. Carlyle dice, y dice bien, con su profundo conocimiento del alma humana: «yo no afirmo la continuidad de la sinceridad de Mahoma, porque ¿quién es continuamente sincero?» Y sin embargo, Mahoma fundó una religión que persiste, como persistieron sus huestes por siglos en España, y aún persisten, como un anacronismo sarcástico, en pleno mundo cristiano.

Nada sucede en la tierra sin una causa mediata: todo obedece á una ley. No hay fatalidad; lo inevitable no es más que la consecuencia de algo. De que los antecedentes sean aislados, incoherentes, simples ó complejos, irregulares ó imprevistos, no se puede concluir que no son. No vemos los fenómenos sino en sus efectos inmediatos; pero de ahí no se debe deducir que los hechos sean casuales. Lo oculto no es más que nuestra incapacidad para penetrar. La historia de lo maravilloso, ¿qué es? Una secuela de fenómenos mal observados que, de hipótesis en hipótesis, la ciencia tanteando por siglos, arriba á explicar y demostrar, — como se patentiza que los cuerpos tienden hacia el centro de la tierra. Por eso se ha dicho modestamente, aunque con sobrada razón, que la filosofía es la ciencia de las verdades relativas, de las aproximaciones á la verdad final.

Todo preexiste, substancial, virtual y potencialmente, en pródromos fecundos. « El progreso, bajo su aspecto científico, no es así más que una transfiguración de la naturaleza »; y lo que ha de ser será, en virtud de una ley física ó de una ley moral: la electricidad que produce el rayo; la falta que lleva aparejado el castigo, la horca ó los remordimientos negros, la pena aquí abajo ó en otro mundo. Ese mundo existe, tiene que existir, debe existir.

Será, por eso, mi propósito fundamental explicar lo concreto por lo abstracto; lo visible por lo recóndito; los hechos, los actos, las acciones por los pensamientos, aunque haya casos en que dude metódicamente, rehuendo el ser temerario en mis juicios. Los pensamientos ¿son acaso siempre abismos insondables? ¿Es por ventura impenetrable un hombre porque calla? Y todavía, y más aún: trataré de explicar los pensamientos por las palabras que los expresan, pues éstas en su conjunto fonético, representativo del lenguaje, tienen, á mi entender, un gran significado, en cuanto son signos de movimientos físicos que determinan movimientos del espíritu, sensación y vibración. ¿Ó el pueblo argentino no ha sentido y pensado, en todo momento de su existencia más ó menos agitada? En la hora misma en que estas páginas deleznales escribo ¿no piensa y siente, con más ó menos intensidad en algo relacionado con su porvenir? ¿Puede negarse que la multitud tenga un alma?

La dificultad consiste, entonces, para el historiador y para el filósofo, en descubrir ó en columbrar la IDEA en sus limbos; la idea que, dormitando envuelta en la atmósfera de un estado caótico de la conciencia, suele ser muchas veces sin proceso reflexivo,—impulso, proyección activa; la idea, actuando eléctricamente: la idea que se transforma de dicho en hecho. Por ejemplo, como cuando al pensar ¡viva! nos sentimos movidos á aclamar, y como cuando al pensar ¡muera! nos sentimos resueltos á alzar la guillotina ó la horca, sin piedad. ¡Qué gran palabra ésta de Leibniz: los fenómenos no son sino pensamientos!

La historia de la civilización, de la cultura, de la evolución del género humano bajo la influencia de la idea cristiana y de la filosofía greco-romana, es así la historia de los cambios experimentados por las lenguas, dulcificándose, enriqueciéndose, perfeccionándose en germinaciones de colores y matices infinitos.

En otros términos: seguir á un pueblo en sus transformaciones fonéticas, es descifrar poco á poco el misterio de su alma, su ritmo psicológico.

Los salvajes no tienen por eso historia, siendo su lenguaje tan pobre como sus medios de subsistencia y de bienestar. Hasta suelen no tener tradición ni memoria; su existencia, en este sentido, no es vida humana, es un estado biológico: la animalidad esperando su hora en una monotonía retardataria, sin siquiera ser apacible como la existencia de la familia entre los castores.

Por consiguiente, si el mayor ó menor grado de civilización implica mayor ó menor carencia de las cosas, también implica abundancia ó penuria de signos representativos; y el uso ó desuso gradual de éstos constituye necesariamente escalas ascendentes ó descendentes de cultura,—según se pase de un estado social á otro, al través de las vicisitudes de la vida nacional, familia ó tribu.

Doy una importancia capital á esto, porque en los modos de expresión de una época se contienen *a priori* muchos actos de trascendencia realizados, á la manera que en el polen de la planta se encierran sus flores y sus frutos. Para mí, hay tanta documentación en una palabra, en una sola palabra, en una orden, en un decreto, en una ley, como en una explosión popular que proclama la libertad ó mata á sus semejantes, no pudiendo hacerlos pensar como el fanatismo quisiera. Las causas son espirituales, son substancia imponderable; el Universo no existe sino por el *verbo*: las tinieblas no desaparecieron sino después de la vibración del *fiat lux*. Fuerza y materia no son causa: son efecto de la Eterna energía. Y lo que para mí es verdad en la mecánica del mundo físico, también lo es en el orden moral intermitente, — ó sea el progreso espiritual que se

traduce en ideas materializadas,—concepción, percepción, sensación : el Partenón ó San Pedro de Roma : la *Transfiguración* de Rafael ó el *Moisés* de Miguel Ángel ; un ferrocarril ó un cable submarino ligando continentes ; Cicerón en el Foro ó Gladstone en la tribuna ; la clemencia que perdona ó la caridad que ampara.

Pensar es hacer. Los que no piensan, no hacen, en cuanto hacer es producir ; son como máquinas cuyos efectos se pueden determinar de antemano. Pero así como « hay modos de pensar originales, hay también modos de sentir originales ». Vamos, pues, á ver, — por lo que hacía el pueblo argentino en ciertos momentos históricos, — en qué pensaba, cómo sentía, y si sus hombres representativos tenían siquiera vagamente esta noción : que toda reforma radical debe operarse en paz ; lo cual implicaría desarrollado ya, en aquel entonces y en altísimo grado, el sentido moral de sus clases ó familias dirigentes. Porque no está en el orden de la Naturaleza, diría Herbert Spencer, que los hombres cambien de hábitos y placeres súbitamente, — debiendo todo efecto permanente producirse poco á poco.

De ahí que los que olvidan esa ley arrastren á los pueblos á la guerra civil, á la anarquía que entroniza á los caudillos turbulentos y funda las tiranías ominosas, devastadoras, — individuales ó colectivas, — contra lo que no hay más recurso que la resistencia á mano armada : la Revolución, otra forma de la guerra civil y de la anarquía, que entraña á su vez el peligro del cesarismo, otra ley sociológica de adaptación á las circunstancias. ¿Hasta cuándo? Hasta que el cesarismo no responda ya á una evolución que se produce en paz, — siendo él mismo su eje y su motor inconsciente ; y cuya evolución es eficiente en virtud del principio, de la ley spenceriana insinuada más arriba, á saber : que toda reforma radical debe hacerse paulatinamente y en paz.

Al producirse ese efecto, — contra el que nada puede la acción personal, siendo una especie de determinismo inevitable, — cambia la faz de las cosas en todo orden material y moral ; y el revolver de

los tiempos, la historia, pone de manifiesto el hecho, — hecho que no podía dejar de verificarse y que, por consiguiente, se ha verificado en nuestro suelo argentino: «el paso de la homogeneidad indefinida é incoherente á la heterogeneidad definida y coherente».

No hay para verlo, como se ven los fenómenos históricos, más que comparar las agrupaciones de ahora con las que antes formaban la cauda terrible de los que acaudillaban pueblos, en cruzadas furibundas, como un azote del cielo, arrastrando unos contra otros á los hijos de una misma Patria, — hoy, á Dios gracias, pacificada, consolidada, encaminada, después de tantos vaivenes, hacia sus altós destinos.

LUCIO V. MANSILLA.